



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

LUNES 13 DE SETIEMBRE DE 1873.

NÚM. 133.



ADVERTENCIA.

Habiéndose ausentado nuestro Director por algun tiempo, rogamos á todos aquellos que tengan que enviar á esta Redaccion cartas, artículos ú otra cualquier clase de remitidos, que lo hagan á D. Andrés Sanchez del Real, calle de Santa Isabel, núm. 39, cuarto segundo derecha, ó bien á la calle de la Madera Baja, núm. 8, Capilla Evangélica.

LA LUZ.

Hemos sabido que algunas personas dejan de asistir á los cultos evangélicos por temor á lo que pueda suceder mañana; hemos sabido que algunas personas, que en otro tiempo eran cristianas fervorosas, abandonan hoy los templos protestantes por temor á la venida de D. Carlos. Por lo visto estas gentes eran cristianos del triunfo, cristianos de la victoria, y cuando ven que el cielo se encapota y la atmósfera se ennegrece, huyen á esconderse en sus oscuros rincones y evitan el contacto de sus amigos de ayer, de sus hermanos de religion.

Y este hecho, como es natural, se presta á tristes consideraciones. Si estas gentes hacen hoy esto, ¿qué harian el día que la causa carlista triunfase? Si cuando tantas probabilidades hay, aun hoy, de que el absolutismo sea vencido y destrozado, suceda esto, ¿qué sucederia el día que por las puertas de Madrid entrasen las hordas teocráticas? No negarian como Pedro á su Maestro tres veces, sino treinta mil. Irian á su casa, cojerian la Biblia, los libros religiosos y los números de los periódicos cristianos que tuvieran, y los arrojarian al fuego. Despues de esto dirian á todo el que quisiera escucharlos: «Yo no he sido nunca jamás protestante. ¡Buena gente son!»

Y sin embargo, ellos eran los más aparentemente fervorosos en los buenos días; ellos eran los que proponian proyectos, los que visitaban á los enfermos, los que acusaban de tibieza á los demás; ellos eran los que no temian nada, los que despreciaban las hogueras, los que se reian de las persecuciones. Hoy todo aquello

ha desaparecido y no queda más que el miedo, el cobarde miedo. «¡Qué hay que hacer! dicen estos valerosísimos cristianos. No es cosa de que á uno le quiten de en medio por el placer de ir á escuchar unos sermones más ó menos en una capilla evangélica. Todo el mundo tiene la obligacion de conservar su individuo. Y luego sabemos positivamente que un cura nunca perdona. Vaya, vaya, retirémonos á tiempo á nuestra casita, que Dios sabe lo que puede acontecer el día de mañana.»

¡Ah! no decian esto los cristianos primitivos. Cuando el circo estaba lleno y los espectadores ébrios de sangre, ellos sobre la arena ensangrentada por los que les habian precedido en la muerte, esperaban inmóviles á la fiera que les iba á devorar. Los que no se sentian con fuerzas no buscaban el martirio; pero cuando eran presos y puestos en él no apostataban cobardemente. «Soy cristiano» decian siempre. Si eran de temperamento débil y temian no poder sufrir los dolores de un tormento cualquiera, se encerraban en las catacumbas y no iban publicando como nuestros cristianos—los llamaremos así—su apostasia anticipada y su traicion antes de tiempo. El que tenga miedo que se esconda y que se calle. Hacer otra cosa es arrastrar su vergüenza por las calles, hacer alarde de su traicion, ostentar los harapos de una apostasia, tanto más asquerosa, cuanto que la dicta el miedo de un acontecimiento lejano y por demás problemático.

Yo no digo que se desafien las iras de la teocracia, si llegara á apoderarse de España, que á pesar de todo no se apoderará. Eso cada uno haria lo que le pareciera. Las batallas son para los que se creen fuertes. Lo que yo digo es que cada cual procediera de manera que se evitara una abjuracion siempre humillante é indigna. No es propio de un alma honrada decir: «sí» cuando una vez se ha dicho: «no.»

Un periódico absolutista, *La Esperanza*, á los católicos que no se atreven á tomar las armas, los suele llamar «católicos de novena.» Lo mismo pudiéramos decir nosotros de los protestantes que se contentan con ir al culto cuando no hay miedo de nada y que huyen en cuanto hay síntomas de que pueda ocurrirles algo: «Cristianos de culto.» ¡Qué fé podrá haber en sus corazones cuando al primer amago de la tormenta huyen! ¡Qué cambio se habrá operado en sus corazones cuando no temen apostatar del Dios en quien han creído! Han

creído, hemos dicho, y la frase no es exacta. El que cree firmemente, muere por lo que ha creído antes que abjurar de ello. El que cree, no anda divulgando su traicion por calles y plazas. Pero afortunadamente para el naciente cristianismo evangélico estas defecciones son escasas. Los cristianos hasta hoy se sostienen firmes y enérgicos. Seamos hijos de nuestros padres. Donde murió el licenciado Herrezuelo, aún hay descendientes de su raza. Jesucristo nos vé y nos anima. Fortaleciéndonos Él, ¿qué nos importa nuestra miserable debilidad?

¿DEBE EL CRISTIANO TOMAR LAS ARMAS?

Ofrecimos en el pasado número ocuparnos con alguna extension de cuestion tan importantísima, y vamos á cumplir hoy lo ofrecido.

Se dice por algunos, y esta opinion es errada en nuestro concepto, y más que esto, si ella constituyera la regla de conducta de una nacion podria acarrearla peligros y dificultades sin cuento; se dice por algunos, repito, que los cristianos no deben tomar las armas en ningun caso. Se alega el mandamiento del Señor que dice: «No matarás,» y se afirma que la prohibicion que envuelve es absoluta, y se dice que es una orden expresa que no admite distincion de tiempos ni de lugares. A poco que se reflexione se verá que este mandamiento no es tan absoluto como á primera vista aparece. Dios dá los mandamientos en el Sinaí y este entre ellos. Desde aquel instante, pues, debió quedar abolida, si fuera exacta la opinion de los que así piensan, la guerra para el pueblo de Dios, para el pueblo hebreo. Dios debió decir á su pueblo que arrojase la espada y que se adelantase hacia la tierra prometida sufriendo todos los vejámenes que le impusieran los pueblos que la ocupaban. Y claro está que así nunca hubiera podido posesionarse de ella. Dios, sin embargo, le manda internarse por la tierra de Canaan del único modo que podia hacerlo entre pueblos bárbaros y enemigos de la ley de Dios, es decir, á sangre y fuego. Cuando el pueblo se separa de Jehová y adora los idolos que adoran sus enemigos, Dios le entrega á estos; pero cuando le es fiel, Jehová no solo le manda lanzarse contra sus enemigos, sino que él mismo le ayuda á derrotarlos con su brazo invisible. Hé aquí, pues, como el «no

matarás» no es tan absoluto como parece, sino que puede estar modificado por diversas circunstancias.

En la moral cristiana, lo mismo que en la moral de todos los países, es decir, en la moral universal, existe lo que se llama «el derecho de legítima defensa» que se aplica así a los individuos como a los pueblos. Un individuo me insulta; yo debo procurar convencerle de que hace mal en insultarme; pero si él prosigue en sus insultos, yo debo dirigirme a un representante de la autoridad, manifestarle lo que me acontece y hacer que él enfrente a aquel hombre. Pero puede suceder que aquel hombre me encuentre un día en despoblado, donde no haya agentes de la justicia humana y me insulte y me llene de golpes, si es preciso, é inerte hasta matarme. ¿Qué debo yo hacer? Sufrir todo lo posible; procurar convencerle con mi paciencia de que es injusto y bárbaro lo que hace; pero si él quiere matarme, debo volver en mí y defenderme, procurando siempre no quitarle la vida. Estas ideas pueden aplicarse a las naciones. Una nación ataca a otra. Suponiendo que sus individuos son cristianos, ¿deben dejarse invadir, asolar sus viviendas, destrozar sus propiedades por no tomar las armas? En nuestro sentir, sería un suicidio ignominioso. Si Dios en la toma de la tierra de Canaan ayudó a su pueblo para que se posesionara de ella y le ayudó en la misma guerra para dominar a los pueblos infieles que la ocupaban, ¿ha de ordenar a los pueblos cristianos modernos que se dejen pisotear por otros pueblos, por no tomar las armas? No lo creemos así. Cuando la patria lo exija y el Gobierno lo reclame, ¿obraría cuerdaamente el cristiano que se opusiese a ingresar en las filas del ejército? Obraría contra toda justicia. Hoy que el partido absolutista quiere destruir todo lo que España ha conquistado de glorioso y de grande en lo que va de siglo; hoy que el absolutismo daría todo lo dable por entrar en Madrid, borrar con un decreto la libertad de conciencia y cerrar para siempre las iglesias evangélicas; el que de hombre y de cristiano se precie, llamado por el Gobierno para ingresar en las reservas, ¿obraría bien eximiéndose de este servicio? Cometería un delito para con las autoridades, otro para con su patria y quién sabe si quizá otro también para con Dios.

Y una vez ya en la guerra, ¿cómo debe obrar el cristiano? Esta cuestión la trataremos en el número siguiente, pues es tan importante como lo que ligeramente hemos discutido.

LA PAZ DEL SEÑOR ALEGRE LOS CORAZONES.

Pecador, detente un momento en tus obras de perdición y examínate a tí propio.

¿En qué situación te hallas? ¿Te encuentras bien en tu estado de ruina?

El pecado te cerca y te sonríe. Te fascina y tú no puedes libertarte de sus encantos.

¡Qué bella es la vida así! dices. ¡Qué bueno es el mundo! Todo está para tí de color de rosa.

¡Ay! el cuadro cambiará pronto.

El pecado mismo te perderá. Agotará tus sentidos, agotará tu ser. Te cavará una tumba en medio de risueñas alegrías y luego te dirá al fin señalándotela: «Entra ahí para descansar.»

«Y el hombre en quien estaba el espíritu

malo, saltando en ellos y enseñoreándose de ambos, pudo más que ellos.» (Hechos, XIX, 16.)

También podrá más que tú si no te aperci- bes á tiempo y le alejas de tí.

Cuesta mucho volver al buen camino.

Uno se disculpa de lo que hace y se dice de continuo: Ya me enmendaré.

Y la enmienda no viene nunca.

¿Y por qué no viene?

¡Oh! La explicación es sencilla. El corazón no está verdaderamente regenerado y esa es la causa.

Si estuviera, ¿cómo era posible que abandonáramos á Cristo por seguir á Satanás?

Penetrémonos bien del amor de Cristo para nosotros, y cambiaremos.

Escuchad esto.

Es la caída de la tarde. Es un día lluvioso de invierno y hace frío y llueve. El anciano padre está á la puerta de la casa esperando á los hijos que van á venir del trabajo. Pero la lluvia crece y crece y crece. El torrente que está á un cuarto de legua del pueblo debe haber crecido espantosamente. ¡Qué inquietud, qué desasosiego! Quizá alguno de sus pobres hijos quiera pasar el torrente, por no dejar de venir á la casa paterna á la hora acostumbrada, y perezca en él.

Es un dolor inmenso el del pobre padre.

Pero de pronto las nubes, impelidas por un fuerte viento, empiezan á retirarse.

¡Qué dicha! La luna sale.

¿Vendrán los hijos queridos?

¡Oh! sí, allá vienen. Vienen cantando. Se han reunido los tres al pié del torrente y cuando las aguas han decrecido un poco, le han atravesado.

¿Comprendeis el gozo del anciano al abrazar uno tras otro á sus hijos cuando creía por lo ménos perdido á alguno de ellos?

Pues más nos ama Cristo que el anciano á sus hijos; con más ansia nos espera.

¿Y cuando volvemos á él, después de un extravío de meses ó de años? ¡Oh! entonces su alegría no reconoce límites.

Os hace falta una cosa.

«Examinaos á vosotros mismos si estais en fé: probaos á vosotros mismos. ¿No os conocéis á vosotros mismos que Jesucristo está en vosotros? Si ya no sois reprobados.» (2.^a Corintios, XIII, 5.)

¿Sois reprobados? ¿No creéis en Cristo?

¿Odiais la luz? ¿Aborreceis la verdad? No, eso no está en la humana naturaleza.

Amais al que os redimió, yo estoy seguro de ello.

Cristo es vuestra vida. ¿Dónde puede ir uno á buscarla sino en Él?

«Y vino y anunció la paz á vosotros que estábais lejos y á los que estaban cerca.»

«Que por Él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre.»

«Así es que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino justamente ciudadanos con los santos y domésticos de Dios.» (Efesios, II, 16, 17 y 18.)

Ya lo sabeis; por Él tenemos la paz.

Nos ha redimido y nos ha salvado.

Pero nosotros hemos de querer salvarnos. Si no, ¿cómo ha de salvarnos Cristo?

Probemos: entremos en el camino del bien.

¡La paz del Señor es muy dulce y alegre los corazones de los que la poseen!

LA REACCION CLERICAL. (1)

El diario carlista *La Esperanza*, al cual no debemos confundir, por la medida con que discute, con sus colegas carlistas, pero ante todo neo-católicos, dedica ayer su primer artículo á defender al clero de ser el sostenedor de la rebelión carlista. Como *La Esperanza* titula su artículo *El clero y El Imparcial*, si bien de nosotros sólo se ocupa para citarnos en el penúltimo párrafo, nos haremos cargo de lo que el diario carlista aduce en defensa del clero, haciendo notar que *La Esperanza* tiene buen cuidado de no confundir la causa del clero con la causa de la religión, y que no incurre en la vulgaridad, que habría sido impropia de un periódico ilustrado, de clamorear que se ataca á la religión católica cuando se ataca al clero por el daño gravísimo que con su conducta causa á la religión.

Porque si para personas ilustradas la religión no puede ser responsable de la conducta de los ministros del altar, ni ésta, por torpe que fuere, puede hacer que no sea verdadera la sublime doctrina del Divino Maestro, es lo cierto que en él ánimo, en la conciencia de las clases populares, y aun una buena parte de la clase media, á las que no se puede exigir un superior grado de ilustración y de conocimientos, padece la religión por la conducta del clero.

Pero aun sin este grado de ilustración, esas clases populares y esa parte de la clase media, han leído en el Evangelio de San Mateo, ó les han explicado que el Evangelio de San Mateo dice:

«Guardaos de los falsos profetas que llegan á vosotros vestidos con piel de oveja y que son por dentro lobos rapaces.

«Los conoceréis por sus frutos. ¿Se cogen uvas en los espinos, ó higos en los cardos?

«Así todo buen árbol dá buenos frutos; pero el árbol malo dá frutos malos.

«El árbol bueno no puede dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos.» San Mateo, capítulo VII, versículos 15, 16, 17 y 18.

Y hé aquí por qué combatimos y combatiremos sin tregua la reacción clerical que desfigura, explota y prostituye la religión. Hé aquí por qué combatimos y combatiremos la conducta del clero. ¿Quiere *La Esperanza* que digamos una parte del clero? No tenemos inconveniente en ello, pues bien sabemos que existen sacerdotes dignísimos, apartados de toda cuestión que no sea la explicación del Evangelio sin servirse de su sagrado ministerio para fomentar y favorecer rebeliones contra los poderes constituidos, sin perturbar las conciencias, y sabiendo que Jesucristo dijo: «Mi reino no es de este mundo.» No sólo sabemos que existen, sino que algunos conocemos; pero desgraciadamente la mayor parte del clero no sigue esa conducta. Y en España, como en Francia, como en Bélgica, como en Italia, el clero católico explota los sentimientos religiosos de los fieles para pervertir y falsear sus ideas, á fin de hacerlos servir de instrumento de la reacción clerical y tratar de reconquistar el predominio absoluto que la teocracia tuvo en algun tiempo. Y cuando no bastan las excitaciones y las amenazas de medios espirituales coercitivos, se acude á tentativas de verdadero sacrilegio, fabricando milagros como el que recientemente se ha tratado de fabricar en Auch, y que fracasó por dos faltas garrafales de ortografía en el papel que se suponía escrito por la Virgen.

«Porque surjirán falsos Cristos y falsos profetas que harán prodigios y milagros para seducir á los mismos elegidos, si fuese posible.» San Marcos, capítulo XIII, versículo 22.

Ahora mismo acaba de ocurrir en Nápoles una indigna falsificación cometida por un sacerdote católico, que ha dado margen á una polémica en-

(1) Copiamos íntegro el siguiente artículo de *El Imparcial*, no sólo por las curiosidades neo-católicas que refiere, sino por lo bien que pinta la reacción clerical que se ha desencadenado sobre España.

tre la prensa liberal y la neo-católica de aquella ciudad. Acaba de morir el director del *Giornale di Napoli*, Sr. Ernesto Pinedo, y la prensa clerical ha publicado una retractación firmada *in artículo mortis* por el Sr. Pinedo, autorizada por las firmas de dos testigos presenciales. Pero *Il Giornale di Napoli* y *La Unita Nazionale* han publicado declaraciones no sólo de la madre y de la madre política del difunto señor Pinedo, sino también de los dos mismos testigos presenciales cuyas firmas aparecen al pie de la supuesta retractación, y de esas declaraciones resulta que la retractación fué escrita por el mismo sacerdote que asistía al moribundo, que cuando éste había ya perdido el sentido, el sacerdote cogió la mano del moribundo y la guió sobre el papel para estampar la firma. La prensa clerical ha tenido que declarar que la retractación no está escrita de mano del que fué director del *Giornale di Napoli*, y que la firma no está bien clara.

Hechos como estos y otros aún más graves, de los que podríamos hacer una larga lista, con un (*se continuará*), cometidos por sacerdotes católicos, hacen, lo repetimos, un daño gravísimo á la religión, y por eso los combatimos y los combatiremos constantemente, para poner al descubierto los manejos indignos de que se sirve la reacción clerical.

Por lo que á España toca, no hay necesidad de enumerar hechos. Son de todos conocidos, y la misma *Esperanza*, que llamo católicos de novenas á los que ocupan más ó menos tiempo en orar, pero que no toman en una mano el fusil y en otra el Crucifijo para irse á engrosar las filas de los rebeldes carlistas, sabe bien, sin que nosotros se lo digamos, la parte que el clero ha tenido en las anteriores como en la actual rebelión carlista, y ya no son sólo los simples sacerdotes, sino prelados como el obispo de Urgel, que hace más que favorecer encubiertamente la rebelión, pues que vá á presentarse en el cuartel general de D. Carlos.

Por ese fanatismo, que más bien debe llamarse anti-religioso que otra cosa, es por lo que se ven espectáculos como los de las mujeres, saliendo en varios pueblos de la provincia de Castellón á tocar escapularios en las ropas del cabecilla Cucala.

«El clero, dice *La Esperanza*, se compone de hombres, y harto sabido es lo que son los hombres; cuán fácilmente se dejan arrastrar por un deseo de venganza, cuán inclinados son á oponer el ataque al ataque, la fuerza á la fuerza, sobre todo cuando creen, saben y sienten que la razón y la justicia están de su parte.»

Claro es que mientras el clero se empeña en restaurar el predominio de la teocracia, en lugar de ocuparse exclusivamente en desempeñar su ministerio, ha de juzgar ataque de los liberales lo que no es más que una defensa; pero ya sabemos, por lo que *La Esperanza* dice, cuál es la actitud del clero.

LA RUSIA Y EL EVANGELIO.

Es evidente para todos aquellos que dirigen sobre el Oriente y sus intereses religiosos una atenta mirada, que la Iglesia griega, engolfada por espacio de tanto tiempo en las formas regulares de su ritualismo, comienza á despertar de un largo sueño y á tornar á su antigua cuna. La Armenia y la Grecia misma sienten ya la benéfica influencia de las primeras claridades de esa especie de nueva alba, y la Rusia, su hermana por la fe, muda hace tanto tiempo sobre las cuestiones religiosas que hoy agitan al Occidente, parece decirle que ha llegado ya la hora de levantar el velo y de dejar penetrar la verdadera luz en su seno.

Esto quizá sea una ilusión nuestra, una especie de sueño; pero sin embargo, si soñamos lo hacemos en vista de una realidad incontestable. En efecto, el que compare hoy el estado actual de Rusia, en lo relativo á asuntos religiosos, con el de hace trece ó quince años, hallará una inmensa

diferencia. Entonces se seguían ciega y pasivamente las ordenanzas de la Iglesia, y no sospechando siquiera que hubiera en la tierra otra cosa más que ella, encerrábase todo el mundo en el círculo mezquino y estrecho que ofrecía á la piedad personal. Los corazones sinceros solían unir á veces á sus prácticas religiosas una caridad amplia y profunda; pretendían gastar en obras de beneficencia la vida real de que estaban llenos; estaban un tanto separados del mundo y se ocupaban en multiplicar las devociones, los ayunos y las peregrinaciones; pero no soñaban en modificación de ninguna especie y vivían á gusto y á sus anchas: la mayoría, menos escrupulosa, seguía paso á paso una vida determinada, prescrita ya de antemano y la pasaba lo que á una madeja bien preparada; podía decirse de ella que se devanaba á sí sola. Había épocas de goces permitidos, de mundanidades, si podemos emplear esta palabra, toleradas; después venían otras de recojimiento y de piedad frecuentemente sinceras. Las iglesias se llenaban cuando se quedaban vacíos los salones de baile y las semanas de la Cuaresma sucedían al Carnaval, como acontece en nuestra propia España. Al llegar la Pascua abríase los salones de nuevo, y se tornaba á la vida mundana con la misma sencillez con que se la había dejado. Todo se hacía con un sentimiento de orden y de conveniencia que parecía decir: «Cada cosa en su tiempo.»

El clero, colocado fuera de la sociedad, tanto por su posición escepcional de raza, como por su instrucción insuficiente y enteramente especial, no intervenía en la vida privada de los miembros de la Iglesia y se contentaba sólo con presentarse en las grandes solemnidades. Los sacerdotes ó popes, más especialmente encargados de los deberes pastorales, los despreciaban por completo y se contentaban con cumplir bien ó mal sus deberes oficiales. Dependientes ellos mismos del alto clero, sumidos en la pobreza y cargados de numerosa familia, raras veces se elevaban á la altura de un ministerio espiritual y cristiano y no tenían la autoridad moral suficiente á su ejercicio. Algunos de ellos, mejores conocedores de sus deberes, se aprovechaban de la confesión y procuraban dar alguna dirección á sus ovejas, pero estos consejos tan raros, tan tímidos y tan generales, no producían sobre los corazones más que una impresión pasajera y débil.

Por otra parte, la reacción también proseguía su obra sorda y destructora. La incredulidad, producida por el estancamiento religioso y alimentada por la ciencia moderna, se insinuaba en las academias y en las escuelas y preparaba á la fe de Cristo enemigos poderosos y temibles.

¿Puede hoy decirse que subsiste semejante estado de cosas ó que por lo ménos ha cambiado considerablemente? Esteriormente no. El viejo edificio subsiste en pie todavía, y presenta el mismo aspecto grandioso y sólido. Pero esto no es más que en la apariencia. Por dentro la vida se agita y fermenta. Las cuestiones religiosas suben á la superficie, se presentan á los individuos, á las conciencias y suscitan en los espíritus todo un mundo de ideas nuevas. Pero lo cierto, en rigor, es que no son ellas aún por desgracia las primeras que ocupan la atención del mundo ruso.

(Se continuará.)

LOS JUDIOS.

VIII.

La Inquisición antigua con todos sus rigores no llenaba aún los deseos de los fanáticos de aquel tiempo. A esto debió su origen la creación de la Inquisición llamada moderna, en tiempo de los Reyes Católicos. El objeto de esta fué castigar exclusivamente á los cristianos nuevos que siendo de origen judío, no desistían de sus prácticas, usos y costumbres. Pero tan adelante se llevó el pensa-

miento, que como es sabido, en Marzo de 1492 se dió el decreto de expulsión de todos aquellos que no quisieran convertirse. Se les dieron cuatro meses para que pudieran reunir sus bienes y vender sus haciendas. Lo notable del caso, aparte del fanatismo y de la intolerancia que en sí llevaba este decreto, era la ingratitud que en él aparecía, pues los judíos con su dinero habían sacado en mil ocasiones de apuros gravísimos á los Reyes Católicos; pero la ingratitud es de príncipes.

Cuéntase que noticiosos los judíos de que se trataba de expulsarlos, ofrecieron á los Reyes por uno de sus correligionarios treinta mil ducados, suma con la que venían á comprar el derecho de permanecer en el suelo que los vió nacer. A los Reyes no les pareció mal el presente y hubieran accedido, si Torquemada, preparando y realizando una escena teatral, no les hubiese apartado de semejante pensamiento. En el momento en que tenía lugar la conferencia, Torquemada, con un Crucifijo en la mano, se presentó en la estancia y dijo á los Reyes con voz sombría y cavernosa: «Judas Iscariote vendió á su Dios por treinta dineros, y vosotros vais á venderlo por treinta mil. ¡Aquí lo teneis, vendedlo!» Dicho esto, salió bruscamente, dejando á los pobres Reyes atónitos y confundidos. Publicóse poco después el decreto, y á los judíos no les quedó otro recurso que expatriarse ó abjurar.

La alegría fué grande entre el clero y la gente ignorante. El cura de los Palacios, escribía: «Esta raza maldita se negaba á llevar sus hijos á que fuesen bautizados.» Acusábase también el cronista de *guisar sus comidas con aceite en lugar de manteca de puerco*, lo cual, como pueden comprender nuestros lectores, era un verdadero horror. Durante el plazo que se concedió á los israelitas para salir del territorio, los curas y frailes católicos redoblaron su celo y su elocuencia para convertirlos, pero todo fué en vano, pues fueron poquísimos los que se convirtieron. El feroz Torquemada agravó cuanto pudo la barbarie del decreto de expulsión. En el mes de Abril se publicó un nuevo decreto prohibiendo á los judíos toda clase de relaciones con los cristianos y á estos darles alimentos ni las cosas más indispensables. La ruina de los judíos fué completa. Hubo familia judía que vendió su casa por un burro, y sus tierras por unas cuantas varas de paño ó lienzo. En Segovia, los israelitas, al salir de ella, pasaron tres días y tres noches en el cementerio donde estaban enterrados sus padres, deshaciéndose en llanto y en quejas. Tres mil judíos salieron de España para Braganza de Portugal; treinta mil entraron en este reino por Zamora; treinta y cinco mil por Ciudad-Rodrigo, quince mil por Alcántara y diez mil por Badajoz. Ocho mil judíos andaluces se embarcaron en Cádiz y otros muchísimos de otras regiones de España en otros puntos.

Gonzalo de Illescas, en su *Historia pontifical*, dice: «Gracias á esta santa y rigurosa ley, más de veinte y cuatro mil familias de judíos salieron de Castilla. Los israelitas vendieron todo lo que tenían, y si salían por mar pagaban al Rey dos ducados por cabeza. Muchos se fueron á Portugal, de donde también fueron arrojados más tarde. Otros se fueron á Francia, Italia, Flandes y Alemania. Yo mismo conocí en Roma uno de ellos que había sido vecino de Toledo. Gran número de ellos pasó á Constantinopla, á Salónica ó Tesalónica, al Cairo y á Berbería. Ellos trasportaron nuestra lengua y la conservan todavía, y se sirven voluntariamente y es positivo que en las ciudades de Salónica, Constantinopla, Alejandría y el Cairo y en otras ciudades comerciales, como en Venecia, no compran ni venden ni hacen sus negocios sino sirviéndose de la lengua española. Yo he conocido en Venecia judíos de Salónica que hablaban español, como personas distinguidas, tan bien y mejor que yo. Es también muy gran beneficio el que saca el Gran Turco de estos pueblos por los tributos que le pagan. Así se dice que Bayaceto que vivía cuando estos judíos se vinieron á estas comarcas tenía la costumbre de decir cuando le ponderaban á los

Reyes Católicos como prudentes y hábiles: «Yo no sé cómo los Reyes de España son tan prudentes, cuando tenían en su país esclavos tales como estos judíos y los han arrojado.» ¡Qué gran lección dada por un turco á unos catolicísimos Monarcas!

LA FAMILIA CRISTIANA.

V.

Detúvose el mendigo y la buena mujer le ofreció un poco de queso y un pedazo de pan. No tenía más y daba lo que tenía. Hacía lo que la viuda del Evangelio; más todavía, pues que compartía con otro la mitad de su alimento y no podía exigirle más.

—No tengo más que ofreceros, le dijo, no sin ese sonrojo que se produce en las personas delicadas cuando no pueden ofrecer lo que quisieran; pero, en fin, oremos á Dios y Dios nos dará más en otra ocasión.

Oró en efecto sencilla y sentidamente, y añadió en seguida:

—Ahora podeis seguir vuestro cuento. Creo que no será razon bastante para impedíroslo el que sigais comiendo. Comed y hablad. El hablar es la sazón de la comida. No me gustan las gentes que engullen y engullen sin decir una palabra.

—Teneis razon, contestó él. Pues bien, escuchad: Despues de haber dirigido aquella pregunta al anciano que bajaba de Placer-sobre-el-Oro, me encaminé resueltamente hácia la ciudad. Por fin llegué á sus puertas. ¡Qué magnífico era allí todo! Las puertas eran de pórfido, y en vez de rudos y ceñudos criados, guardábanlas grupos encantadores de jóvenes. En cuanto pisé el umbral, cinco ó seis de ellas se adelantaron á mí y me detuvieron.

—¿Dónde vais, buen hombre, tan de prisa? exclamaron. Entrad aquí un ratito y descansad.

Yo no me conocía, me sentía débil é incapáz de hacer resistencia á nada de lo que me dijeran. Me dejé conducir por aquellas mujeres y entré en una casa contigua á las puertas de la ciudad, y en una estancia de un lujo verdaderamente oriental y deslumbrador. Recibieronme con toda clase de agasajos y consideraciones. Me ofrecieron frutas, vinos, helados, todo lo que podia satisfacer mi sed ó mi cansancio. La una me mostraba un lecho para que reposara en él de las fatigas de mi viaje, la otra me llenaba de perfumes, aquella me llevaba al sillón más cómodo y más blando, y me limpiaba el sudor con su propio pañuelo, y me abanicaba con su propio abanico.

Mi sorpresa era tanta que no acertaba á volver en mí y á hablar. Quería preguntar dónde estaba, qué clase de ciudad era aquella y en qué clase de casa estaba.

Una jóven me ofreció una copa de vino y hallé la ocasión propicia para hablar, porque no me atrevia siquiera á mover los labios por temor de que se deshiciera el encanto de que estaba rodeado y de que no habia gozado nunca en mi vida.

—Jóven, ¿dónde estoy? la dije.

—Toma, me contestó ella, ya lo sabeis; en Placer-sobre-el-Oro.

—Y esta casa.... Me quedé suspenso y no me atreví á preguntar más.

—Yo os lo explicaré todo, exclamó ella haciendo un mohino de los más encantadores. Estais en Placer-sobre-el-Oro, es decir, en la capital del gran sultan Sat-Anás.

—¡Sat-Anás! repetí yo estremeciéndome.

—Sat-Anás, sí; ¿os extraña el nombre?

—Me aterra.

—¡Bah! Pues es un nombre como otro cualquiera.

—¿Y cómo se pronuncia?

—¿Cómo? Ya lo oí, en dos veces, se dice primero Sat y luego Anás.

—Ya, eso es otra cosa. Yo creía que se pronunciaba de una vez.

—¡Cál no. Y es un sultan muy cariñoso, muy pródigo, muy benévolo con los suyos. Les concede todo lo que le piden, les proporciona todos los caprichos y todos los placeres que desean. Esta es una casa instituida por el sultan para detener á los viajeros que llegan, cuidarlos, ofrecerlos descanso y hospitalidad por un par de dias. Junto á cada puerta de la ciudad hay una casa de estas. Todas están sostenidas y pagadas por él. Es un señor muy bueno. Con que ahora, señor del alma, puesto que ya estais enterado de lo que deseabais saber, decidme qué es lo que quereis ahora. ¿Quereis comer, quereis descansar ó quereis que os demos una de las fiestas que acostumbramos á dar á todos los viajeros que llegan? Hablad, hablad.

EL SANTO Y EL SACRISTAN.

El sacristan de un pueblo

Que yo conozco,

Andaba tras un santo

Siempre hecho un loco.

Era un Santo Domingo

Grande y hermoso,

Pintado á maravilla

Y harto de adornos.

Alzaba vara y media

¡Era un buen mozo!

Y á más era del pueblo

Santo patrono.

Cuando el sol asomaba

Su faz de oro,

El sacristan caía

Ante él de hinojos,

Y rezaba oraciones,

Y le hacia votos.

Despues se levantaba

Con buenos modos,

Hacia tres reverencias

A su patrono

Y empezaba á quitarle

Con flema el polvo.

Más fué el caso que un dia,

Y es ya notorio

Que el que á tal amo sirve

Cobra tal óbolo,

Por relimpiarle tanto,

El santo orondo

Al caerse encima

Le saltó un ojo.

«Santo bendito, dijo

Llorando el mozo,

Vuelvéle tú á mi órbita

Ó dame otro.»

Pero no le hizo caso

El buen patrono,

Que los santos no tienen

En cuenta antojos.

Desde aquel dia infausto

El triste mozo,

Los santos de madera

Los odia á todos.

Y dice: «El que confía

En palos toscos,

Recibe de ellos palos.

¡He sido un loco!»

No hay más que un Dios-espíritu,

Buenos católicos;

El que adora maderos

Es ciego ó estólido.

Adoremos á Cristo,

Que paga en gozo

Al cristiano que dice

Ante Él: «Te adoro.»

EL EVANGELIO Y EL CATOLICISMO ROMANO,

con textos del Nuevo Testamento,

segun la traduccion del Padre Felipe Scio.

(Continuacion).

Ezequiel, xvi, 60, 63. Y yo me acordaré de mi alianza contigo en los dias de tu mocedad; y renovaré contigo una alianza eterna; y te acordarás de tus caminos; y te avergonzarás; y renovaré yo mi alianza contigo; y sabrás que yo soy el Señor para que te acuerdes y te confundas, y que no puedas tú abrir más la boca de vergüenza, cuando me hubiere aplacado contigo sobre todas las cosas que hiciste, dice el Señor Dios!

Isaías, v, 7, 15. Porque esto dice el Excelso y el Sublime que mora en la eternidad; y santo es el nombre del que habita en las alturas y en el santuario, y con el atribulado y humilde de espíritu, para vivificar el espíritu de los humildes, y dar vida al corazon de los contritos.

Micheas, vii, 18, 15. ¿Quién es, ¡oh Dios! semejante á tí, que quitas la maldad y olvidas el pecado de las reliquias de tu heredad? No enviará más su furor, porque es amador de misericordia. Se tornará y tendrá misericordia de nosotros; sepultará nuestras maldades y echará en el profundo de la mar todos nuestros pecados.

Isaías, xliii, 25. Yo soy, yo soy el mismo que borró tus iniquidades por amor de mí, y no me acordaré de tus pecados.

Evangelio de San Lucas, xv, 20, 24. Y levantándose (el hijo pródigo) se fué para sus padres, y como aún estuviese lejos, le vió su padre y se movió á misericordia; y corriendo á él, le echó los brazos al cuello y le besó. Y el hijo le dijo: «Padre, he pecado contra el cielo, y delante de tí; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.» Mas el padre dijo á sus criados: «Traed aquí prontamente la ropa más preciosa y vestidle, y ponedle anillo en su mano y calzado en sus piés, y traed un ternero cebado, y matadlo, y comamos y celebremos un banquete. Porque este mi hijo era muerto, y ha revivido; se habia perdido y ha sido hallado.»

El conocimiento del pecado no es una cosa tan fácil. Es verdad que no es difícil, *v. g.*, el conocer que el hurto es un pecado; pero cuántas disculpas, paliaciones, diminuciones de los pecados aislados! Empero él, que no tiene ninguna disculpa, sino que debe considerar todas sus acciones y omisiones como culpables y perdidas, aquel se avergonzará de sí mismo. Orgullo, egoísmo, amor propio, pertinacia, capricho, deseo de placer y de fruicion, vanidad y vanagloria; todo eso y mucho más está implantado por la naturaleza tan profundamente en el corazon del hombre, que éste es malvado y está perdido desde que vino á la vida.

Romanos, viii, 5, 8. Porque los que son segun la carne, gustan de las cosas de la carne; mas los que son segun el espíritu, perciben las cosas que son del espíritu. Porque la prudencia de la carne es muerte; mas la prudencia del espíritu es vida y paz. Porque el saber de la carne es enemigo de Dios; puesto que no está sujeto á la ley de Dios, ni tampoco puede. Mas los que viven segun la carne, no pueden agradar á Dios.

Observacion. El apóstol San Pablo quiere significar por «carne y saber de la carne» aquel estado en que se encuentra el hombre ya de naturaleza, segun la palabra del Señor en el Evangelio de San Juan, iii, 6. Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que nacido de espíritu, espíritu es. Una compostura de este estado, viejo y malo, no puede, pues, llenar su fin; lo que es preciso es una transformacion, una regeneracion. El hombre no puede hacerse á sí mismo de otra manera de lo que es. La obra de la renovacion debe salir de Dios, quien tiene que dar su espíritu.

2.^a Corintios, ii, 5. No que seamos suficientes de nosotros mismos para pensar algo, como de nosotros, mas nuestra suficiencia viene de Dios.

Philipenses, ii, 13. Porque Dios es el que obra

en vosotros así el querer como el ejecutar según su buena voluntad.

Y aquí podemos entender lo que es la gracia. Como el Rey no puede usar de su legal derecho de gracia y perdón, sino con los que han sido ya juzgados por la ley, así también Dios puede demostrar su gracia solamente á los que se han condenado á sí mismos. Se vé por el ejemplo del publicano ó del hijo pródigo, que la gracia de Dios es completa y gozosa. Dios no pide nada más ni pone otra condición que la de un corazón contrito y arrepentido, quiere decir, que uno se echa la culpa á sí mismo y confiesa. El arrepentido es recibido otra vez como hijo.

B. *Lo que es la fé aprenderemos de la historia de la serpiente de metal*, la cual Jesús mismo nos enseña.

San Juan, III, 14, 15. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también es necesario que sea levantado el Hijo del hombre; para que todo aquel que cree en Él no perezca sino que tenga vida eterna.

Números, XXI, 4, 5. Y partieron también del monte de Flor, por el camino que va al mar Bermejo, para rodear la tierra de Edóm. Y comenzó el pueblo á disgustarse del camino y del trabajo. Y hablando contra Dios y contra Moisés, dijo: «¿Por qué nos sacaste de Egipto, para que muriésemos en el desierto? Falta el pan, no hay aguas, nuestra alma ya padece bascas por este manjar de poquísima sustancia.» Por lo que envió el Señor contra el pueblo serpientes abrasadoras, por cuyas picaduras y muerte de muchísimos vinieron á Moisés y dijeron: Hemos pecado porque hemos hablado contra el Señor y contra ti: Ruega, que aparte de nosotros las serpientes; y Moisés hizo oración por el pueblo. Y el Señor le dijo: Haz una serpiente de bronce y ponla por señal; el que herido la mirare, vivirá. Hizo, pues, Moisés una serpiente de bronce, y la puso por señal; y los heridos que la miraban, eran sanados.

Se habla en el Nuevo Testamento tan á menudo de la fé, y la salvación, y tan grandes cosas son prometidas á la fé, que en una instrucción religiosa la explicación de esta palabra es una de las primeras necesidades. Todo el que cree en el Hijo de Dios, será salvo; esto es sencillamente la instrucción de la Palabra de Dios. De muchísimos pasajes citamos solamente los siguientes:

Hechos, XVI, 30, 31. ¿Qué es lo que yo debo hacer para ser salvo? Y ellos le dijeron: Cree en el Señor Jesús y serás salvo tú y tu casa.

Hechos, X, 43. A este dan testimonio todos los profetas, que todos los que crean en Él recibirán perdón de los pecados por su nombre.

Hechos, XIII, 39. En este es justificado todo aquel que cree.

(Se continuará.)

LOS ESCAPULARIOS DE DON PASCUAL.

Varias veces hemos hablado á nuestros lectores de la reacción clerical que los llamados legitimistas, los partidarios del conde de Chambord, están fomentando en Francia por todos los medios imaginables, para fundar sobre ella la Monarquía de derecho divino. El sentimiento religioso es allí explotado y extraviado por los agentes y directores del movimiento reaccionario, y la pureza y la santidad de las creencias religiosas son prostituidas y convertidas en instrumento de determinadas soluciones políticas.

El furor de las peregrinaciones que de repente se ha desarrollado en Francia, era un fenómeno que debía llamar la atención. Porque si bien ha habido en todas épocas y en varios países peregrinaciones individuales á ciertos santuarios célebres, originadas únicamente por una acendrada fé, ó impuestas á título de penitencia no leve, no se había dado el espectáculo de reunirse cientos ó miles de titulados peregrinos, viajando cómoda-

mente en ferro-carril, en «trenes de peregrinación», que más bien pudieran calificarse trenes de recreo, para encontrar al término de su viaje, no la modesta y aun humilde hospedería donde el peregrino, que había hecho á pié las numerosas jornadas del largo camino, hallaba frugal comida y poco cómodo albergue, como á un sincero penitente conviene, sino cómodas fondas y buena mesa.

En esto de la comodidad de los peregrinos en ferro-carril no insistiremos, sin embargo, pues que el venerable Pío IX acaba de establecer, mejor dicho, autorizar otras peregrinaciones aún más cómodas, las peregrinaciones *imaginarias*, divididas en tres décadas. Durante la primera los fieles se *imaginarán* (*imaginerébbero*), que emprenden una peregrinación á los Santos Lugares de Palestina; en la segunda se *imaginarán* que hacen una peregrinación á los principales santuarios de Italia; y durante la tercera década se *imaginarán* que hacen una peregrinación á los principales santuarios extranjeros. Con lo cual y con visitar al fin de los treinta días alguna iglesia ó capilla, cualquiera que sea, rogando á Dios por la paz y concordia entre los príncipes cristianos y por las necesidades de la Iglesia, los fieles, sin moverse de sus casas, ganan 300 días de indulgencia por cada día de los treinta, y al terminar estos indulgencia plenaria.

Esto es bastante más cómodo que las peregrinaciones en ferro-carril, si bien tiene en la práctica, á nuestro modo de ver, el inconveniente de que para hacer esas peregrinaciones imaginarias, bien se necesita que los fieles tengan alguno y aun bastante conocimiento de la topografía de los Santos Lugares y de su situación, así como la de los santuarios célebres de Italia y del extranjero. Pero pues que el Santo Padre así lo ha establecido, bien habrá apreciado antes esa dificultad, que después de todo contribuirá á que los fieles, además de ganar las indulgencias, hagan un estudio previo y detallado de geografía, lo cual siempre es otra ventaja.

Pero estas peregrinaciones *imaginarias* no se prestan á los manejos de la reacción clerical como las peregrinaciones reales que se hacen en Francia y en las cuales se grita ¡viva Enrique VI! y se hacen flotar banderas blancas en las portezuelas de los wagones. Estas manifestaciones político-religiosas esencialmente políticas so color de religión, de las que ya otras veces nos hemos ocupado, preocupan vivamente en Francia á los hombres de espíritu recto, á cuya conciencia repugna el hacer servir la religión y excitar el fanatismo religioso para servir las ambiciones de un pretendiente á la corona, y más aún, las ambiciones de sus principales partidarios; hombres que temen por la religión y por el porvenir político de Francia, punto de que otro día nos ocuparemos.

Pero ¿qué dirían si viniesen á España y viesen los hechos increíbles á que lleva el fanatismo religioso fomentado y excitado por el clero para servir la causa de la rebelión carlista?

Aquí verían las mujeres repartiéndose en Vera la levita que allí había dejado el cura guerrillero Santa Cruz, cortándola en pedazos que guardan como reliquias; y verían más, verían en pueblos de la provincia de Castellón acudir las mujeres á tocarse escapularios en las ropas del cabecilla Cucala, como si con esto la imagen de la Virgen adquiriese virtudes que antes no tuviera.

Es esto la aberración más repugnante del fanatismo religioso, y los directores de la reacción clerical en Francia pueden venir á tomar lecciones en España.

Allí organizan milagros, alguno de los cuales fracasa, como en Auch, por unas desgraciadas faltas de ortografía cometidas por la *dama blanca*, que por esta vez no ha podido ser la Virgen, aparecida á una niña.

Ha sido, como si dijéramos, una tentativa de milagro frustrada. El papel escrito por la *dama blanca* aparecida, decía textualmente: *Priez, FETE penitence; Auch será détruit dans peu de TANTS*; que

vale tanto como: «Orad; *aces* penitencia, Auch será destruido dentro de poco *tiempo*; aunque aquel desgraciado *tants* (temps) es en francés una falta aún de más bulto que la de *tiempo* en español.» Con lo cual el clero se apresuró á suspender las peregrinaciones que ya habían empezado al sitio de la nueva aparición, y á echar tierra al milagro.

Pero ¿qué vale todo esto? ¿Qué valen las peregrinaciones con las banderas blancas y los gritos de ¡viva Enrique VI! al lado de los escapularios de D. Pascual Cucala?

Aquí el clero no necesita preparar milagros, ni exponerse á que fracasen por unas desdichadas faltas de ortografía. Los fieles sobre los que se opera son materia más manejable; y con unas cuantas exhortaciones se les hace aceptar á un cabecilla carlista como una especie de enviado de Dios, cuyo contacto basta para convertir un escapulario en una preciosa reliquia.

Los escapularios de D. Pascual son una prueba material de la necesidad que la reacción clerical tiene de mantener al pueblo sumido en la ignorancia.

¿Cómo si no había de asegurar el predominio de la teocracia? ¿Cómo si no la teocracia se había de atrever á provocar esos sacrilegios? ¿Cómo si no se habían de atrever á convertir la religión en instrumento de fines políticos y agente de la rebelión?

Los pedazos de levita del cura Santa Cruz guardados como reliquia por las mujeres de Vera, son una prueba de la exaltación del fanatismo religioso. Pero los escapularios de D. Pascual prueban que cuando se llega á hacer que la religión sirva de instrumento á la política se llega hasta el sacrilegio.

¿Pero qué le importa esto á la reacción clerical, si de ese modo alienta la rebelión carlista?

Asegúrese el imperio de la teocracia, que los medios poco importan.

¿Quién pierde en ese juego?

El país y la religión.

LA ABOLICION DEL SANTO OFICIO.

Habiéndose dicho días pasados que si triunfara el absolutismo que hoy combate en algunas provincias de España, el restablecimiento del odioso y odiado Tribunal de la Inquisición sería inmediato, á pesar de que esta noticia se haya desmentido después, nos parece oportuno todavía dar una reseña histórica de su abolición decretada por las famosas Cortes del año 12, de las discusiones luminosísimas que hubo con este motivo y del espíritu noble y levantado que animaba entonces á la nación.

Habían estado á punto de triunfar, por una de esas sorpresas que son tan frecuentes en los cuerpos colegisladores, los amigos de la Inquisición, y se había estado á punto de votar su restablecimiento en la misma Constitución. Pero como quiera que el asunto era árduo y requería amplia y sostenida meditación, tanto más cuanto que este Tribunal había formado hasta entonces una de las bases constitutivas del organismo político y social español, determinóse que la misma comisión que había redactado la Constitución de Cádiz, se encargase de este asunto y diera sobre él su dictámen. En 8 de Diciembre del año 12 dió esta comisión su informe sobre los tribunales protectores de la religión, como se decía entonces, y se propuso la abolición definitiva del llamado Santo Oficio. Este informe era estensísimo, tanto, que su sola lectura invirtió dos sesiones y estaba lleno de datos y atestado de erudición histórica. «Uno de más notables, dice un historiador, que se han presentado y podido presentarse en Asambleas legislativas, como que se trataba de la abolición de una institución antiquísima en España y que había sido por espacio de siglos la palanca más poderosa de las dos potestades, espiritual y temporal, y la

base y como el alma, de la organizacion social española.»

La comision entera no estuvo unánime en el dictámen. Hubo quienes sostuvieron la abolicion inmediata del Santo Oficio y diputados que teniendo ideas contrarias, formaron voto particular. De los primeros fueron D. Diego Muñoz Torrero, Don Agustín Argüelles, D. José de Espiga, D. Mariano Mendiola, D. Andrés de Jáuregui y D. Antonio Oliveros: de los segundos los Sres. Huerta y Cannedo. Todavía D. Joaquín Pérez formuló otro voto particular manifestando que el modo de enjuiciar del Santo Oficio era contrario á la Constitucion, pero que el Tribunal no era malo en sí, y que si sus ministros caian en vicios y crímenes á veces horribles y detestables, la culpa era de ellos y no de la institucion. Ardua era la cuestion; muchas las dificultades; grave la situacion. Por estas razones determinóse imprimir el dictámen de la mayoría de la comision y repartirse á los diputados para su estudio. Al mismo tiempo se acordó que los debates sobre cuestion tan ágría no comenzasen hasta el 4 de Enero de 1813, dando así principio con un debate sobremanera solemnisimo á las sesiones del año nuevo.

Llegó en efecto el 4 de Enero y la discusion comenzó con gran animacion. El dictámen constaba de 700 páginas nada ménos del *Diario de las Cortes*. Los diputados más absolutistas opusieron toda clase de obstáculos para conseguir el entorpecimiento de la discusion, pero nada adelantaron. El dictámen estaba redactado en términos paucos y conciliadores. Los que le habían redactado habían tenido en cuenta el atraso de los tiempos, la ignorancia de las gentes y la supersticion y el fanatismo propio de casi todas las clases de la sociedad española. No se queria siquiera que los timoratos y los místicos pudiesen decir nunca que por falta del Santo Oficio la religion católica quedaba abandonada, y teniendo esto en cuenta, se redactó el voluminoso informe.

El texto del memorable decreto, que no se publicó hasta el 22 de Febrero, y que fué el resultado de las discusiones de la Asamblea sobre asunto tan trascendental, fué este que copiamos íntegro por lo importante:

«Las Cortes generales y extraordinarias, queriendo que lo prevenido en el artículo 12 de la Constitucion, tenga el más cumplido efecto, y sea segura en lo sucesivo la fiel observancia de tan sabia disposicion, declaran y decretan:

CAPÍTULO PRIMERO.

Artículo 1.º La religion católica, apostólica, romana, será protegida por leyes conformes á la Constitucion.

Art. 2.º El Tribunal de la Inquisicion es incompatible con la Constitucion.

Art. 3.º En su consecuencia, se establece en su primitivo vigor la ley II, título xxvi, Partida vii, en cuanto deja expeditas las facultades de los obispos y sus decanos para conocer en las causas de fé, con arreglo á los sagrados Cánones y derecho comun, y las de los jueces seculares para declarar é imponer á los herejes las penas que señalan las leyes, ó que en adelante señalaren. Los jueces eclesiásticos y seculares procederán en sus respectivos casos conforme á la Constitucion y á las leyes.

Art. 4.º Todo español tiene accion para acusar del delito de herejía ante el Tribunal eclesiástico; en defecto de acusador y aun cuando lo haya, el fiscal eclesiástico hace de acusador.

Art. 5.º Instruido el sumario, si resultare de él causa suficiente para reconvenir al acusado, el juez eclesiástico le hará comparecer, y le amonestará en los términos que previene la citada ley de Partida.

Art. 6.º Si la acusacion fuese sobre delito que deba ser castigado por la ley con pena corporal, y el acusado fuere lego, el juez eclesiástico pasará testimonio del sumario al juez respectivo para su arresto, y este le tendrá á disposicion del juez eclesiástico para las demás diligencias hasta la

conclusion de la causa. Los militares no gozarán de fuero en esta clase de delitos; por lo cual, fenecida la causa, se pasará el reo al juez civil para la declaracion é imposicion de la pena. Si el acusado fuere eclesiástico secular ó regular, procederá por sí al arresto el juez eclesiástico.

Art. 7.º Las apelaciones seguirán los mismos trámites y se harán ante los jueces que correspondan, lo mismo que en todas las demás causas criminales eclesiásticas.

Art. 8.º Habrá lugar á los recursos de fuerza del mismo modo que en todos los demás juicios eclesiásticos.

Art. 9.º Fenecido el juicio eclesiástico se pasará testimonio de la causa al juez secular, quedando desde entonces el reo á su disposicion, para que proceda á imponerle la pena á que haya lugar por las leyes.

CAPÍTULO II.

Artículo 1.º El Rey tomará todas las medidas convenientes para que no se introduzcan en el Reino por las aduanas marítimas y fronterizas, libros y escritos prohibidos, ó que sean contrarios á la religion, sujetándose los que circulen á las disposiciones siguientes y á las de la ley de la libertad de imprenta.

Art. 2.º El reverendo obispo ó su vicario, previa la censura correspondiente de que habla la ley de la libertad de imprenta, dará ó negará la licencia de imprimir los escritos de religion y prohibir los que sean contrarios á ella, oyendo antes á los interesados y nombrando un defensor cuando no haya parte que lo sostenga. Los jueces seculares, bajo la más estrecha responsabilidad, recojerán aquellos escritos que de este modo prohíbe el Ordinario, como tambien los que se hayan impreso sin su licencia.

Art. 3.º Los autores que se sientan agraviados de los Ordinarios eclesiásticos, ó por la negacion de la licencia de imprimir ó por la prohibicion de los impresos, podrán apelar al juez eclesiástico que corresponda, en la forma ordinaria.

Art. 4.º Los jueces eclesiásticos remitiran á la secretaría respectiva de gobernacion la lista de los libros que hubieran prohibido, la que se pasará al Consejo de Estado para que exponga su dictámen despues de haber oido el parecer de una junta de personas ilustradas que designará todos los años entre las que residan en la corte, pudiendo asimismo consultar á las demás que juzgue convenir.

Art. 5.º El Rey, despues del dictámen del Consejo de Estado, extenderá la lista de los escritos denunciados que deben prohibirse, y con la aprobacion de las Cortes, la mandará publicar y será guardada en toda la Monarquía, como ley, bajo las penas que se establezcan.

Lo tendrá entendido la Regencia del Reino, etcétera.»

(Se concluirá.)

DE LA AMISTAD.

Yo sé las obligaciones que tienen los amigos; yo sé la fidelidad que deben tener á los que lo son verdaderos; yo sé que el amigo es un refugio contra la infelicidad, una dicha que no falta y un nombre que se desea mucho, y apenas se consigue con perfeccion; sé que es tanta la fuerza de la amistad, y que excede tanto en nuestra naturaleza, que el verdadero amigo, para serlo, ha de pasar los límites de hermano.

La primera y más importante observancia que ha de tener el amigo, es no pedir á su amigo cosas injustas ni hacerlas aunque se las haya pedido; porque no es disculpa en hombre cuerdo, el decir: «Este yerro cometí por mi amigo,» principalmente cuando la prudencia dá lugar á la prevencion para remediarlo ó á lo ménos para conocerle....

La segunda observancia ó precepto es que el amigo desee para su amigo lo que para sí parece apetecible, y á su ser, á su estado, á su salud, es conveniente. Esta es la más alta fineza de la amistad. En esto muestra su caudal y su fuerza, la cual, moderada con la prudencia que en el primer concepto advertimos, hace las cosas prósperas más grandes y las adversas más leves. ¿Qué cosa hay tan dulce como tener un hombre ó un amigo con quien hablar como consigo mismo? ¿Qué cosa se puede imaginar tan feliz como tener con quien atreverse á todo, á quien creer en todo, de quien recibirlo (siendo justo) todo, y á quien negar (prevista la misma circunstancia) nada? ¿Qué cosa hay más fuerte contra las penas? ¿Qué auxilio más fuerte contra la adversa fortuna? ¿Qué ayuda más segura en las adversidades? ¿Qué consuelo más cuerdo en las aflicciones? ¿Qué prevencion más alentada en los riesgos? ¿Qué defensa más útil en los daños? Y últimamente, ¿qué auxilio, qué ayuda, qué consuelo, qué aliento, qué prevencion, qué defensa en la adversidad, en la afliccion, en el riesgo, en el daño ni en el peligro, más fuerte, más segura, más alentada, más cierta ni más útil que la amistad, pues que como la sangre en el cuerpo, hace parentesco en los ánimos? Siendo todo esto así, y siendo la amistad sangre del alma, (permítase esta tosca locucion por la singular semejanza) culpada queda la vuestra en pedirme lo que no os ha de estar bien; y disculpar á la mia es no hacer lo que pedís, cuando la ha de estar tan mal.

D. FRANCISCO QUINTANA.

ADAN Y EVA RECORREN EL PARAISO.

Los dos lazados en sabroso nudo
Pisaban inexpertos los vergeles
Del aromoso Eden; so el pié desnudo
De Adan, se elevan súbito claveles;
Do fija Eva sus plantas, el menudo
Césped brota azucenas; y en pos fieles
Les dan aves y fieras vasallaje.
¡Padres felices de infeliz linaje!

Alza la vista Adan; por la ancha esfera,
Morada inmensa del radiante dia,
Vé al sol nadar en luz, y en su carrera
Llevar vida á los séres y alegría;
El frutecido suelo considera,
Del mar bullente la tenáz porfía
Por asaltar la tierra, y dueño sólo
Se vé de cinosura al otro polo.

Las tiernas flores de la frente ufano
Desciñe Febo al estrellado toro
Y mezcla en la balanza al rubio grano,
De la doncella aligera tesoro;
Sube al fogoso carro, y de su mano
Esparce rosas entre espigas de oro,
Y embalsamando el céfiro de aromas
Racimos llueve y olorosas pomas.

Vé el universo Adan, vé su morada,
Y queda inmóvil cual del suelo pário,
Brille en real jardín piedra animada
Por mano de famoso estatuario;
Eva lo vé y examinar le agrada
Las varias plantas, el ramaje vario
Que en colgantes sus flores eslabona,
Y entolda el prado y el pensil corona.

Mueve el pié terso hácia el nevado rio
Que por cauces de lirios resbalando,
Aquí el jazmin retrata, allá sombrío
Mecido el olmo por el aire blando,

Alzan las crestas sobre el lecho frío
De argentados vivientes mudo bando
Por ver á su señora, y ella en paga
Los lleva á su regazo y los halaga.

Tal vez se llega quedo á la honda pura,
Por saber lo que guarda el blanco seno,
Y entre guijuelas de oro su figura
Mira temblar bajo el cristal sereno.
Ya en la frente del toro con blandura
La palma siente; ya en el bosque ameno
Párase á oír la alondra, que gozosa
Vuela del árbol y en su mano posa.

En medio el paraíso su guirnalda
Sobre palma y ciprés frondoso extiende,
Árbol bello, que en ramos de esmeralda
Lucientes pomos de carmin suspende;
Árbol funesto, á cuya umbrosa espalda
Blandido al aire su guadaña tiende
La parca, hambrienta del fatal tributo
A que convida el engañoso fruto.

Eva lo entreve y tiembla; ni se atreve
Á adelantar la temerosa planta,
Alza los ojos paso y ya la mueve
Curiosidad de ver belleza tarde.
Late el pecho anheloso y lanza breve
Y mal cogido aliento, ya adelanta
El pie... Infeliz, huye. Muerte, muerte
El tronco infausto de sus ramas vierte.

Llega al árbol fatal... Profeta santo,
Dáme lágrimas, ¡ay! tu lloro triste
Me dá, y el verso dió con flebil canto
El cautiverio de Sion gemiste.
¿Podrán cien lenguas el eterno llanto
Decir del universo? Tú me asiste
Tú esfuerza mi sentir. Llorad, vivientes,
Todos vais á morir, futuras gentes.

REINOSO. (*Inocencia perdida*).

EL EVANGELIO EN MADAGASCAR.

Ningun círculo de obra misionera ha sido transformado más singularmente por el Evangelio, que la isla de Madagascar. El curso que tomó aquella obra, y los resultados maravillosos que la siguieron, exceden en mucho á cualquier suceso semejante, aun en los días apostólicos. Y si fuera contada la relación completa y dignamente, se hallaría más penetrante en sus acontecimientos que las páginas de un libro caballeresco. Madagascar es bajo muchos conceptos una escena á propósito para tal historia. Es una de las islas más magníficas del mundo, de doscientas sesenta leguas de longitud y ochenta de latitud, y situada al Sudoeste del Africa.

Fué establecida la misión en 1818, y recibió desde el principio la simpatía y el apoyo del ilustre Rey que había llamado sus miembros á su capital. Antes de morir Radama en 1828, había la misión provisto al pueblo de excelentes escuelas, de imprenta y de conocimientos considerables de las artes mecánicas, y había echado un cimiento ancho y profundo para la ilustración de la nación en general. También fué sembrada durante su reinado aquella simiente de vida espiritual y máximas cristianas que engendró una poderosa iglesia nativa, y estaban destinadas para asegurar una sólida reformation religiosa del país entero. Al tiempo de morir Radama había en las escuelas cuatro mil jóvenes, perteneciendo muchos de ellos á familias distinguidas; había clases bíblicas establecidas entre ellos, y varios individuos se habían bautizado. A Radama sucedió una de sus reinas, Ranava-

lona, que, para asegurar su poder, pasó por escenas de matanzas y crueldades de la clase más espantosa. Diferente de su esposo, tenía ella la más preocupada afición á las idolatrías antiguas del país; y luego que se halló firme en su trono, puso su rostro contra toda innovacion. Sancionó las escuelas por algun tiempo, creyendo que eran útiles, y favorecía aquellos progresos en las artes que estimulaban la industria; y es bastante singular que bajo su sancion los misioneros publicaron aquellas Santas Escrituras en madagascense, que durante tantos días de ignorancia habían de sostener la fé que la Reina buscaba destruir con odio cruel.

Antes de mucho se hizo notorio que las palabras de la instruccion inglesa estaban induciendo á algunos de su pueblo á dudar y á abandonar la religion de sus padres. Estaban ansiosos para celebrar un día como santo, que no era reconocido como tal por el Gobierno; para congregarse y adorar á Dios, como no hacian los demás; para orar al Dios de los misioneros, no á los antiguos reyes y dioses del país, á quienes veneraban todos sus paisanos. Procedió ella prudentemente en su oposicion á estas innovaciones, en que fué ayudada por los sacerdotes y una grande partida del Gobierno. Antes de finalizar el año 1831, la observacion del bautismo y de la Cena del Señor fué prohibida, primeramente para los soldados y luego para el pueblo en general. Antes de que pasasen dos años se obligó á los misioneros, uno tras otro, á que dejaran el país, hasta que quedaron solamente dos. En 1835 el aumento de los que tenían fé en Cristo, y la profunda aversion del partido idólatra á toda clase de mudanza, llevaron las cosas á una crisis. El 1.º de Marzo fué expedida una proclamacion prohibiendo la profesion del cristianismo y mandando á todos los cristianos confesar su crimen, bajo pena de la vida.

Pasó el primer terror y la agitacion, y pronto fué escogido un método oportuno. Multitudes de los que habían asistido al culto y poseído libros cristianos confesaron su delito, sometiendo á la Reina; entre ellos había cuatro mil oficiales que fueron despojados de sus honores, y otros dos mil, á quienes fué impuesta una multa. Desde el principio un gran número de convertidos rehusaron someterse, y resolvieron morir antes de negar á su Salvador. Gradualmente vinieron á conocerse unos á otros; y, semejante á los coligados y otros cristianos perseguidos, vivieron juntos en los montes en las cimas de las montañas, ó en casas solitarias en el silencio profundo de la noche, para leer las Escrituras y orar juntos, y para corroborarse en la fé los unos á los otros. Sus primeras reuniones les daban mucha confortacion y se hizo memoria de ellas mucho tiempo despues, cuando gran número de los que las frecuentaban estaban en el destierro y en cadenas. Hallaron que poseían setenta Biblias; un número considerable de ejemplares del Nuevo Testamento y de los Salmos y varios libros cristianos. También tenían ocho ejemplares de «El Viador» (traducido del original inglés escrito por Juan Bunyan).

Sus perseguidores hicieron esfuerzos magnos para descubrir á los jefes de los cristianos. Se esperaba que al partir el último de los misioneros ingleses se extinguiría la nueva fé, y era un chasco muy grande el hallar los convertidos que continuaban frecuentándose. En 1837 fueron encarcelados diez y condenados á esclavitud. De la misma manera como bajo del imperio romano, fué traída la prueba de su crimen por esclavos, parientes idólatras, ó por deudores que deseaban librarse de sus obligaciones. El 14 de Agosto fué muerta con lanza la primera mártir, una noble mujer cristiana, llamada Rasalama. Rafaralahy, que la había asistido hasta lo último, y que era un verdadero socorredor de los convertidos dispersos, la siguió un año despues. En el lugar donde sufrían estos mártires fueron muertos con lanza diez y ocho en todo; y el ánimo sereno que mostraban, su constancia perfecta, su gozo en la muerte, produjeron la admiracion del bárbaro gentio que los vió morir. No pode-

mos hablar ahora del carácter y de los sufrimientos de Rafaralahy, mujer muy valerosa. Fué cargada de cadenas, y por poco no fué muerta en dos ocasiones; fué vendida como esclava, se escapó, y despues llegó á la Mauricio y vino á Inglaterra. Simeon y David, gobernadores entre los cristianos, huyeron también. Teniendo en mano algun dinero de su amo, «era su primer cuidado ajustar una cuenta exacta de todas las entradas y salidas, y de dejar este papel con lo que quedaba de la propiedad de aquel. El opresor quedó sorprendido y exclamó: Hubieran sido excelentes siervos, si quisiesen solamente dejar su religion.» Otros huyeron con ellos, y las fugas con suma pena que había de experimentar esa pequeña compañía de errantes son verdaderamente milagrosas.

Durante los primeros ocho años de pruebas, diez y siete fueron muertos; doscientos á lo ménos huyeron; otros cientos estaban en cadenas y en esclavitud. La fidelidad admirable de estos recién convertidos á su Maestro y los unos á los otros; su paciente perseverancia bajo grandes privaciones; su sufrir con paciencia, cuando la sumision hubiera traído alivio en un momento, llamaron el reconocimiento y la admiracion de cristianos en todas partes del mundo. En un solo punto confesaron que estaban «muy afligidos.» ¡Sus Biblias se hallaban enteramente rotas á fuerza del uso!

En 1845 fué amargamente traído á la memoria de los perseguidores que hay uno más poderoso que ellos. «El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos.» Bajo la influencia de Rainaka, un predicador elocuente, los cristianos de la capital osaban congregarse en tres ocasiones para dar culto á Dios; y dentro de poco un centenar de convertidos fueron agregados á su número. Entre ellos había Rakoto, el único hijo de la Reina; también el sobrino favorito del general, co-perseguidor de aquella; y Ramonja, el primo del Príncipe, hijo de la hermana de la Reina.

Los cristianos escribieron acerca del Príncipe: «Vá con nosotros regularmente los domingos al bosque para orar, cantar y leer la Biblia; muchas veces lleva á su casa algunos de nosotros consigo para que le expliquen la Palabra de verdad, é impide á su madre el hacernos ningun daño.» El Príncipe era muy compasivo y se opuso eficazmente á las crueldades de la persecucion, y por diez y seis años se interponia en muchas ocasiones entre los convertidos y las penas con que se les amenazaba.

Sobre los cristianos de este tiempo estaba deramado un espíritu muy ardiente. Ciento cincuenta de ellos eran preceptores de pequeñas clases bíblicas de discípulos escogidos; y gran número visitaban á los cristianos que estaban en la cárcel, para oír de ellos la palabra de Dios.

(Se continuará).

REMITIDO.

Señor Director de LA LUZ.

Muy señor mío y apreciable amigo: En el número del periódico que tan dignamente dirige, correspondiente al 1.º del corriente, tuvo Vd. la bondad de insertar unos cortos renglones suscritos por mí y que llevan el título de «La Milicia forzosa y el Cristiano,» y de contestar al asunto de que me ocupaba, por lo que le doy las más espresivas gracias, hallándome satisfecho con dicha contestacion, si bien deseando, como Vd. indica, me conteste con más latitud en el número siguiente. Por ahora, y sin perjuicio de lo que resulte de la contestacion que me reserva, me permitiré hacer las siguientes observaciones para esclarecer más el asunto de que nos ocupamos. Al sostener yo que creía que la libertad se coartaba obligando á uno á tomar las armas, era por el carácter de *forzosa* con que se establece la milicia, pues sabido es lo que significa lo forzoso en todo, en especial en casos como este,

mientras que lo voluntario es siempre más grande y fiel, á mi entender. Al decir yo que era atentatorio á la conciencia me refería á que no siempre se ha dispuesto bien de las armas, pues la experiencia nos ha demostrado los abusos que se han hecho por los poderes, jefes é individuos, de las armas que se han empleado para objetos particulares varias veces, ó diferente de lo que se vá á combatir, contra personas inculpables, etc., etc.: y en estos casos, ¿qué hace un individuo ó una fuerza, cuando el poder civil ó militar le manda hacer uso de las armas? Yo creo que no debe obedecer. (Hechos de los Apóstoles, iv, 19. 1.ª Epístola de San Pedro, ii, 13 á 17.) Pero entonces puede suceder á ese individuo y á esa fuerza que sean maltratados por querer cumplir con su deber, siempre que no se le garantice la autonomía del individuo que se le viene reconociendo; porque de lo contrario, sino se le permite cumplir con lo que es recto, es vana tal autonomía, y por eso, repito, decía yo que era atentatorio á la conciencia, sagrado recinto tan delicado como poco respetado varias veces. Respecto á la defensa de la patria cuando está en peligro, que Vd. reconoce, ¿qué haríamos, suponiendo que otra Nación concediera la libertad y la verdadera Iglesia de Jesucristo, que acaso nos fuese privada en nuestra patria? (1)

Y cuando las potestades en nuestra patria, por ejemplo, nos quitaran esas dos cosas, ¿tiene ó no el cristiano el derecho de insurreccion? Mereceríamos una vez más que la ilustrada direccion de La Luz diera su opinion en esto, dispensándonos las molestias tan repetidas que le ocasionamos.

Queda á su disposicion su afectísimo amigo y suscriptor,

DOMINGO SIERRA.

Madrid 11 de Setiembre de 1873.

NOTICIAS VARIAS.

Nos escriben de Roma que el movimiento evangélico es grande en aquella ciudad: Apesar del gran calor que allí se ha experimentado este verano, las reuniones semanales de oracion en las que se reunen todos los cristianos de las diversas iglesias nacientes en aquella ciudad, han estado concurridísimas, hasta el punto que no se veía ni un solo asiento vacío en los lugares en que tenía lugar la reunion. Esta es una muestra del excelente espíritu que reina en aquellas iglesias.

En la iglesia de Cartagena, con motivo de los sucesos que en aquella ciudad tienen lugar, está suspendido el culto cristiano, y el pastor Sr. Oron en las Herrerías, pueblo á dos leguas de aquella ciudad. Quiera Dios que la insurreccion concluya pronto y la iglesia vuelva á abrir sus puertas para que vayan á ella los cristianos que están ansiosos de escuchar la Palabra de Dios.

El día 7 del corriente salió de ésta para los Estados-Unidos nuestro amigo el Sr. Carrasco. Invitado há tiempo para que asistiera á la reunion que en Nueva-York celebra la Alianza Evangélica, acude á ella para exponer el estado del protestantismo en España. Hemos visto el trabajo que ha escrito para presentarle ante aquella Asamblea, á la cual acudirán representantes de todo el mundo cristiano evangélico, y nos parece excelente. No son pequeños los peligros que puede encontrar nuestro amigo. De Madrid á Santander los carlistas. En el Havre el cólera; luego despues de haber

(1) Esto está un poco oscuro. Si el Sr. Sierra nos lo explica un poco más, quizá le contestemos en otro número.

estado en Ginebra y Amsterdam, el inmenso Océano. Confiamos, sin embargo, que Dios le sacará adelante. Rogamos á nuestros hermanos que oren pródigamente por él; que oren para que pronto le vuelva Dios sano y salvo á nuestro lado, y para que su viaje no sea perdido para la causa del Evangelio.

**

Hemos visto algunas cartas de pueblos de Vizcaya en las que se dice que aquellos curas aseguran á sus feligreses que el que muera con las armas en la mano defendiendo la causa de D. Carlos, «vá derecho al cielo.» Estos clérigos fanáticos, plagarios de Mahoma y del Coran, han formado tambien listas de *mozos* por medio de los libros parroquiales, que en varios puntos sacaban de noche del archivo de la parroquial para hacer esos trabajos con toda reserva.

Y luego gritan en todos los tonos que los liberales quieren *descatolizar* á España! No podrian imaginar los peores enemigos de la religion medio más eficaz que los procedimientos que en nombre de ella están empleando los carlistas, así clérigos como seglares.

**

En los telégramas publicados por la prensa francesa hallamos estos dos que prueban que el Gobierno alemán está decidido á hacer cumplir las nuevas leyes sobre el clero:

POSEN 28 Agosto.—El arzobispo Ledochowski ha condenado hoy en rebeldía á 200 thalers (2.850 reales) de multa por el tribunal de este círculo, por haber procedido á la instalacion de eclesiásticos contra las disposiciones de la ley. El ministerio fiscal pedia 500 thalers (7.125 rs.) y subsidiariamente cuatro meses de prision á causa de la actitud hostil del acusado. Dicese que el arzobispo Ledochowski ha resuelto instalar de aquí al 1.º de Setiembre todos los sacerdotes ordenados este año, sin tener en cuenta las leyes sobre el clero.

FULDA 28 Agosto.—El obispo Coett ha sido hoy condenado á 400 thalers (5.700 rs.) por haber instalado eclesiásticos sin la autorizacion del Gobierno.

GINEBRA 28 Agosto.—Ayer tarde ha votado el gran consejo en tercera lectura la ley sobre el culto católico, con modificaciones en sentido de entera libertad é igualdad de todos los católicos.

**

Una comision de propietarios de esclavos de Cuba ha debido llegar á esta capital á conferenciar con el Gobierno acerca de la forma en que debe llevarse á cabo la abolicion de la esclavitud en aquella Antilla.

Conocidas que sean las bases, el Sr. Soler y Plá presentará el proyecto á la deliberacion de la Asamblea.

Lo urgente es decretar la abolicion. Creemos que ya es hora de hacer hombres á los que los hombres hacen bestias.

**

Las religiosas de Málaga han reclamado del ministerio de la Gobernacion algunos socorros del fondo de calamidades públicas, con los cuales puedan atender á mejorar la precaria situacion en que se encuentran.

Esta demanda ha sido hecha en union de varias señoras de aquella capital.

Nos hubiera parecido más natural que esas mismas señoras y los católicos ricos de la ciudad se encargaran de arbitrarlas los recursos que las fueran necesarios.

**

En el próximo correo de Puerto-Rico llegará á Madrid una exposicion de los hacendados de aquella isla, pidiendo á la Asamblea que exima á los libertos de los compromisos á que están obligados por la ley de abolicion de la esclavitud. Parece que esta peticion reconoce por causa el que ni uno solo de los libertos ha abandonado el ingenio donde trabajan.

¡Infelices! ¿Dónde están aquellos que antes de la abolicion gritaban que los esclavos matarian é incendiarían cuando obtuviesen la libertad?

**

La prensa de Méjico está discutiendo la medida de la expulsion de los jesuitas decretada por el actual Gobierno. La mayor parte de los periódicos la aplaude sin reserva; pero algunos pertenecientes á la escuela neo-católica hacen la más ruda oposicion á dicha reforma gubernamental. *El Eco de Ambos Mundos* defiende con este motivo al presidente de la República mejicana en los siguientes términos:

«Lerdo de Tejada no es un demagogo; es liberal, sí, pero sobre todo hombre práctico, y comprende perfectamente los obstáculos que en el estado de aquellos países presentan los taimados jesuitas á todo lo que sea civilizacion y progreso.»

Ni en Méjico los quieren. ¡Si serán buenos!

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripcion es *un real* mensual en Madrid y *cinco reales* trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripcion cuyo importe no se haya recibido en la Administracion.

Puntos de suscripcion.

En Madrid.....	Soldado, 7, principal.
	Madera Baja, 8.
	Librería Nacional y Extranjera, Jacometrezo, 59.
En Zaragoza...	Calle de San Jorge, cochera Ascobareta.
En Valladolid.	Plazuela del Duque, 11, principal.
En Cartagena..	Capilla evangélica, plaza de las Monjas.
En Córdoba....	Calle de José Rey, 8.
En Santander..	Calle del Limon, 9, 3.º, izquierda.
En Valencia...	Calle de Serranos, 27, segundo.
En Sevilla.....	Calle de Quintana, 25.
En la Coruña..	Librería de D. Vicente Abad.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.